

1975, están pormenorizados uno por uno. En todos ellos el crecimiento vegetativo es notablemente inferior al que se registrara a mediados de siglo, hecho que no cabe explicar echando mano únicamente al uso de la "píldora". No solamente será la "píldora" la causante de que en estos años el crecimiento haya sido cuatro veces menor de lo que fue hacia 1958, la mitad de como lo había sido en 1900. Un pueblo drenado en su sangre joven no da más de sí.

De 1971 a 1975 la población cacereña creció, vegetativamente, en 12.443 almas. Pero los 470.220 que hubiéramos debido ser en 1975, en 1976 no éramos más que 438.444. ¡31.376 emigrantes más que en los cinco primeros años de la década de los setenta...!

Y el millón, millón largo de cacereños que hubiéramos llegado a ser hacia 1976, se quedó, nos quedamos en tan sólo 438.844, en menos de la mitad

EN MENOS DE LA MITAD...
...Y GRACIAS

¡Y gracias...! Gracias, en parte a la crisis generalizada, sin la cual seríamos menos, bastantes menos, muchísimos menos.

En 1976, según cálculos, cálculos basados en previsiones muy fundamentadas y que hicieron agua por culpa de la crisis, hubiéramos debido ser 410.497. A 1977 sólo habríamos llegado 402.030; a 1978, 393.614; a 1979, 385.258... Y en 1980, si todo hubiera salido a la medida de quienes cocieron y descocieron el desarrollo y subdesarrollo, el desarrollo a uno a costa del subdesarrollar a otros, seríamos apenas 376.961, muy pocos más de los que eran en 1900, probablemente los que llegaremos a ser de aquí a nada, pues esto de la crisis —creen los expertos— no va a durar siempre, mientras que esto

de Cáceres —razones hay para pensarlo y ni una sola para pensar lo contrario— va para muy largo.

Pronto, 376.961, nada más que 19,80 cacereños por kilómetro cuadrado.

CIFRAS QUE HACEN SOSPECHAR EL FUTURO

La aventura y desventuras demográficas de Cáceres, desventuradas aventuras, son el inmediato y lógico reflejo de las aventuras y desventuras de un país, éste, el nuestro, que se empeñó en armarse como potencia industrial y lo hizo —o intentó hacerlo— sin rozar siquiera unas arcaicas estructuras agrarias, base de su menor o mayor riqueza o de su mayor o menor pobreza.

Se ha dicho siempre —se sigue diciendo— que Cáceres es una provincia "eminente agraria". Esto pudo ser verdad a comienzos de siglo, quizá hasta un poco después de iniciado el siglo XX, pero empezó a dejar de serlo, dejó definitivamente de serlo, cuando desde las instancias del poder, poder que lo pudo casi todo, se quiso provocar la aventura de la industrialización española.

Verdad que a principios de

tenía mis datos, la ficha con partida de nacimiento, vamos, que sabía de sobra que yo era extremeño, se puso a hablarme en catalán. Y ya no quise saber nada. Lo único que quiero es volverme a casa, aunque tuviera que cobrar la mitad, y mira el que el sueldo entero ya es poco. A Extremadura, mejor, pero igual a otro lado si me dieran plaza."

P. F., treinta años, delegado sindical en SEAT:

"Fui elegido delegado sindical en la fábrica que trabajo hace unos meses. Allí hay muchos extremeños. Yo la verdad, comencé a tomar conciencia de clase en Barcelona. Me vine a los veinticinco años acompañado de un hermano, que también trabaja en la SEAT. En mi pueblo, que está cerca de Navalmoral, no había curuleo. Pero lo bueno es que a



siglo y aún después Cáceres era provincia "eminente agraria". ¿Cómo no, si con ella lo era la casi totalidad de las provincias españolas, incluso aquéllas que mantenían algunas industrias, pocas, pequeñas, inadecuadas, incompetitivas, dependientes más que de su propia eficacia del más o menor tímido protec-

mi me parecía normal. Lógicamente esto era debido al sentimiento de fatalismo que padecíamos la mayoría de los jóvenes. Es difícil que vuelva a Extremadura, porque aquí poco a poco me voy aclimatando.

Moisés Cayetano Rosado calificó una vez a los emigrantes extremeños de "maletas humanas". Maletas traídas y llevadas, usadas, en muchas ocasiones maleadas, pero con conciencia y voluntad de que lo que llevan en su interior no se pierda, se desparrame y se olvide. Ni siquiera fuera de su tierra. Ni siquiera en Cataluña. Esto es lo primero que se nota cuando se habla con ellos. A pesar, de que su circunspección y su tristeza, en alguna ocasión engañe.

J. Manuel Garlallo





cionismo ejercido sobre ellas?

El poder que lo pudo casi todo, por vaya usted a saber por qué, aunque le quede el derecho a sospecharlo, decidió un día utilizar tan débil plataforma.

— Dadme un punto de apoyo y, con mi palanca, moveré el mundo —que dijo alguien varios siglos antes.

El punto de apoyo para el triunfalismo industrial español no fue, por supuesto, la casi ineficaz plataforma industrial existente. Fueron —fuimos— otros, que de haber estado siendo provincias “eminentemente agrarias”, pasamos a provincias condenadas a sobrevivir —o a mal morir— de lo agrario, condenadas a ser lo que era a principios de siglo la casi totalidad del territorio español.

Eso, sí, sin afectar para nada sus más bien flojissimas estructuras agrarias, sin ni siquiera pretender influir —o influyendo para mal— en las relaciones entre capital y trabajo y, lo que es peor, en las relaciones propiedad-capital-trabajo, gravísima y diríase que intencionada omisión en provincia como la cacereña, que concentra un altísimo porcentaje de todo el esterilizante latifundismo nacional, tan altamente absentista, y cuya superficie, es más de un treinta por ciento, está clasificado como latifundio.

Sin tocar nada de esto, hay que decirlo, porque el aparente “milagro español”, tomando solamente lo peor del real “milagro alemán” y nada de lo bueno de él, pasó —y quizá siga pasando— por el traumático trasvase de la población subocupada, mal pagada, mansa, ignorante y no organizada, de un sector, el agrario, a otro, el industrial —donde durante algún tiempo podría seguir siendo mansa, ignorante, mal pagada y no organizada—. Y de territorios que se tomaron como “reserva de carne” hacia punto donde se polarizaría el crecimiento capitalista y deshumanizado. El “milagro alemán” cometió el pecado de hacer esto con mano de obra extranjera, en buena parte extremeña. El “milagro español” lo pretendió con mano de obra nacional, en buena parte

La emigración en Extremadura

CRIAR HIJOS ESTUPENDOS PARA LANZARLOS IMPLACABLEMENTE A LA DIASPORA

Jesús DOMINGUEZ GOMEZ (Obispo)

En Extremadura se dio siempre —hablo sobre todo de la Extremadura Alta— el fenómeno de la emigración. Parece como si esta bella tierra, seca por fuera y ardiente por dentro, hubiera sido llamada a criar hijos estupendos para lanzarlos implacablemente a la diáspora.

A uno le impresiona leer la relación amplísima de grupos étnicos que, en un fenómeno migratorio de corto alcance pero de amplia significación, tomaron parte en la construcción de ese portento de los siglos que es nuestro bello Puente de Alcántara. Es como la primera edición del Almaraz de hoy, de Valdecaballeros, de Cedillo y de Alcántara mismo anteaer. Al extremeño de siempre no le dolieron prendas cuando de buscar medios de vida o de realizar un trabajo decoroso se trataba. Parece como si nuestros pies, por suerte o por desgracia, estuvieran hechos para andar caminos en busca de un trabajo que no ha habido en el sitio de nacimiento.

Extremadura, es verdad, engendró héroes; pero no construyó de forma estable comunidades asentadas. Los extremeños son hijos de una tierra de la que no han podido disfrutar sintiéndola suya con sosiego estable. Todo extremeño ha nacido con una cita en cualquier parte.

Por si fuera poco, a ese “natural” nómada, determinado por una fuerza telúrica que nos es difícil comprender, se unió en la Historia, en una época que yo considero brillante para nuestra Región, la experiencia de un pueblo, el pueblo judío, que nos enseñó a no ver en el nomadismo una desgracia implacable y a valorarlo y aprovecharlo con sabiduría. De los judíos aprendimos, me parece, a hacer del peregrinar una profesión rentable más que un nomadismo pordiosero. Como de los judíos aprendimos a amar “ilógicamente” a nuestra tierra. Porque el extremeño emigrante, aún en nuestros días, ama a su tierra más allá de límites razonables. A todos sorprende cómo puede amarse tanto a una patria que dio tan poco. Es como si en ella se viese un mito entrañable, como si hubiera una conciencia oculta de que en ella se encuentra, como para el pueblo judío, la tierra prometida, un paraíso que nunca perdimos porque ne lo hubo pero cuyo proyecto todo extremeño lleva en el corazón.

Pero más allá del hecho histórico de la emigración, explicable desde los imperativos telúrico-económicos de la Región —es tan corta y efímera la feracidad de nuestras tierras y tan poco sorpresiva nuestra producción agrícola-minero-ganadera...!—; y más allá también del hecho socio-político existente en la raíz de nuestras endémicas emigraciones, caracterizado principalmente por la función colonial de